

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Todos los personajes son ficticios y cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

Título original: *Spare Room*

© 2019, Dreda Say Mitchell

© 2023, de la traducción por Josep Escarré Reig

© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: agosto de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-29-3

Código IBIC: FA

DL: B 9.126-2023

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Grafime Digital S. L.

Impreso en agosto de 2023 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Dreda Say Mitchell

La habitación de invitados

Traducción de Josep Escarré



Newton Compton Editores
Barcelona, 2023

Nada es salvo lo que no es.

WILLIAM SHAKESPEARE,
Macbeth

Prólogo

Esta vez sí iba en serio.

En la mesita de noche había una botella de *brandy* sin abrir y un vaso. Pero a él no le hacía falta el sopor químico del alcohol ni los tranquilizantes que se había tomado en todas las demás ocasiones en las que también lo había pensado en serio. En sus manos tenía la nota en la que explicaba la decisión que había tomado. A lo largo de los años había escrito montones de ellas. Algunas eran breves; otras, extensas. Algunas eran bruscas y contundentes, iban directamente al grano. Otras, sin embargo, divagaban y suplicaban la comprensión y la compasión de quien podía o no preocuparse. Muchas de ellas las había dejado inacabadas al darse cuenta de que, después de todo, no iba en serio.

Pero esta vez sí. Esta vez sí iba en serio.

No quería mirar hacia arriba, pero se obligó a observar la longitud de la cuerda atada al techo. Debajo estaba la silla. Era muy sencillo: tenía que subirse a la silla, ajustarse la soga alrededor del cuello y saltar. Luego, unos pocos minutos de dolor y pánico mientras la cuerda hacía su trabajo, exprimiéndole la vida. La mayoría de la gente estaría agradecida por sufrir tan solo unos minutos antes de morir. Y él había visto mucha muerte durante su juventud. Unos minutos de agonía no eran nada. Y había leído que, en aquellos momentos finales, mientras cuelgas de la cuerda y al cerebro empieza a faltarle el oxígeno, el dolor desaparece y flotas, sin preocupaciones, yendo a la deriva hacia la nada. Y eso era lo que más ansiaba.

La nada.

Las voces volvieron a alzarse en las entrañas de la casa, discutiendo violentamente. Podía oírlos gritar a ella y a él respondiéndole también a gritos. Quería que pararan. ¿Por qué no podían concederle el preciado minuto de paz que se merecía antes de abandonar este mundo?

El silencio envolvió de nuevo la casa.

Se sentó de nuevo en la cama y cogió la botella de *brandy*. Un par de tragos no le harían ningún daño. En esta ocasión no le hacía falta valor. El alcohol le servía para calentarse por dentro. Se sirvió un vaso y a continuación levantó la vista y se quedó mirando fijamente la soga mientras se tomaba el ardiente líquido. Se sirvió otro vaso. Solo cuando se sirvió el tercero se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Lo mismo que en todas las demás ocasiones. Beber hasta acabar noqueado. Cualquier cosa a fin de evitar hacerlo. Dejó la botella y el vaso encima de la mesita, apoyó cuidadosamente la nota en ellos y se levantó.

Balanceándose ligeramente por el efecto del alcohol, avanzó los pocos pasos que lo separaban de la silla y trepó sobre ella con un tambaleo. Agarró la soga con firmeza con las manos y se la pasó por la cabeza. Apretó el nudo como si fuera el de una corbata. Cerró los ojos y respiró profundamente varias veces. Se concentró, tratando de ahuyentar de su mente cualquier duda, y luego se dispuso a saltar de la silla. Pero retrocedió. Lo intentó de nuevo, esta vez más cerca del borde, con un pie colgando en el aire durante unos momentos antes de volver a mover la pierna hacia atrás.

Se atragantó, desesperado. ¿Por qué no era capaz de hacer algo tan sencillo cuando todo lo que anhelaba era la nada?

Era lo correcto. Lo único que podía hacer.

Abajo las voces estaban discutiendo de nuevo. ¿Por qué no se callaban? Que se callaran, maldita sea.

Aflojó el nudo de la cuerda y se bajó de la silla. A tropiezos, se acercó de nuevo a la cama y se sirvió otro *brandy*. Cogió la nota y, con una lúgubre sonrisa, la rompió cuidadosamente

en pedazos y la metió en la bolsa de plástico que usaba como cubo de basura.

¿A quién le importaba? Qué ironía. Todos aquellos a quienes podía importarles habían muerto o se habían ido hacía mucho tiempo. A nadie le interesaban sus explicaciones ni sus excusas; ni siquiera a él. Tiró el vaso encima de la cama y cogió la botella por el cuello. Quizá si se la terminaba no vacilaría cuando estuviera sobre la silla, del mismo modo que un conductor borracho no duda cuando se pone al volante. Tragó todo lo que pudo hasta que le quemó la garganta y soltó la botella.

Dio los pocos pasos que le separaban de la silla y volvió a subirse a ella. Tiró de nuevo de la soga, cerró los ojos y se rodeó el cuerpo con los brazos, como si tratara de estrechar la nada.

Se quedó allí inerte durante un largo rato antes de volver a abrir los ojos. Su cuerpo estaba ebrio, pero su mente no. Estaba despejada y lúcida. Apretó el nudo alrededor de su cuello.

Todo era una mentira. Esta vez no iba en serio, y tampoco la próxima. Prefería estar entre los muertos vivientes que hacer lo correcto. Débil, débil, débil. Eso es lo que era. Débil y patético. Y era esa debilidad la que lo había conducido hacia el desastre desde un principio.

Tiró de la soga que estaba atrapada bajo su mandíbula. Se peleó con el nudo; su cuerpo ebrio se tambaleaba. Borracho y frustrado, se inclinó hacia delante. El nudo se estrechó, rozándole la piel del cuello. Presa de un pánico ciego, trató de recuperar el equilibrio, pero sus zapatos resbalaron, deslizándose por la silla, que cayó al suelo de lado. ¡Oh, Dios! Se quedó suspendido en el aire, con los brazos y las piernas girando. Intentó gritar. El aire no entraba ni salía de sus pulmones. Ningún grito, solo unos desesperados borboteos. Agarró el nudo con las manos y forcejeó con él. Su instrumento mortal se estaba cerrando en torno a su cuello.

En estado de *shock*, se esforzó por sujetar con los dedos debilitados la cuerda que colgaba por encima de su cabeza mientras trataba de erguirse para salvarse. Durante un breve instante lo

consiguió. Sus pulmones aspiraron un precioso aire. Acto seguido, el aire se extinguió. Sus cansadas manos resbalaron por la cuerda; las palmas y los dedos ardían a medida que resbalaban. Se cayó y el nudo tiró de su cabeza hacia atrás a medida que la cuerda cedía. Sus brazos y sus piernas se retorcían mientras lo que le quedaba de vida se iba desvaneciendo.

Luego, solo la nada.

Anuncio

Se alquila habitación

Preciosa habitación doble para una sola persona

¡A PARTIR DE HOY MISMO!

Hermosa habitación en una maravillosa mansión en el norte de Londres.

- Amplia y acogedora, luminosa y soleada
- Una mezcla perfecta entre la vida moderna y el Londres histórico
- Recién decorada y amueblada
- Gastos incluidos
- A un minuto a pie de la estación de metro
- Buena comunicación con el centro
- Wifi gratis

Los actuales inquilinos son los propietarios. ¡Buscan a alguien que ame su hogar tanto como ellos! :)

Capítulo 1

Contengo el aliento mientras contemplo la casa. Es grandiosa; majestuosa, incluso. Tiene tres plantas y probablemente también un sótano. La luz de esta tarde de verano confiere a sus muros de color galleta una cálida jovialidad. Resulta acogedora. La hiedra trepa por la fachada hasta unas sólidas chimeneas donde se ha posado una manada de pájaros para atisbar el mundo. Ninguno de ellos canta. Es fácil imaginarse que en otros tiempos fue el hogar de un respetado caballero victoriano que necesitaba espacio para una familia cada vez más numerosa, con un montón de habitaciones arriba para la servidumbre.

Una casa independiente, por supuesto; ningún padre de la época querría que las clases de piano de su hija molestaran a sus vecinos o que estos, a su vez, lo oyeran soltándole una reprimenda a una criada que había tenido el atrevimiento de servirle unos arenques quemados.

Unos árboles verdes y exuberantes que flanquean la avenida sirven de barrera para las casas que hay detrás. Está claro que en otros tiempos no era una zona ostentosa; incluso ahora, con su evidente prosperidad, sigue siendo íntima y acogedora aun cuando algunas de estas viviendas se han compartimentado para convertirlas en apartamentos y estudios. O en habitaciones para alquilar.

Lo único que distorsiona mi instantánea perfecta está en el camino de entrada. Una furgoneta blanca. En uno de sus lados, en enormes letras impresas, se puede leer JACK, EL MANITAS, y en el otro SE HACEN TODO TIPO DE TRABAJOS DOMÉSTICOS, INCLUIDAS PEQUEÑAS REPARACIONES. También figura un número

de teléfono móvil. En el techo del vehículo, atada con unas cuerdas, hay una escalera con trozos de tela de colores sujetos en ambos extremos. Sin duda alguna, los primeros dueños de la época victoriana le habrían dicho a Jack que aparcara su moderno carruaje en la parte trasera de la mansión.

Avanzo por el camino con la hoja de la agencia inmobiliaria en la mano: la sujeto con la misma intensidad con la que sostendría el testamento con mis últimas voluntades. La grava me pincha las finas suelas de los zapatos negros de tacón bajo. Me suda la palma de la mano y la hoja se humedece, borrando parte de la tinta. Mientras camino, me llama la atención un símbolo inusual en la parte superior del muro del porche. Es un círculo enorme grabado en la piedra con una llave en su interior. Hay una fecha: 1878.

La puerta de entrada, de un color negro brillante, es sólida; tiene una modesta aldaba. Noto el pulso de la sangre en mis venas cuando llamo. No oigo ruido de pasos, pero al cabo de un momento mi sexto sentido me dice que alguien está observándome. Me calmo al ver el diminuto centelleo de una mirilla de plástico en la puerta. Sea quien sea quien me está mirando, decide que no supongo ninguna amenaza y la puerta se abre de par en par.

—Tú debes de ser Lisa, ¿verdad? De la agencia inmobiliaria.

El hombre tendrá más o menos mi edad, veintitantos años, pero ahí se acaban las similitudes. Viste con ropa informal: pantalones vaqueros desteñidos y camiseta; lleva el pelo revuelto, recogido atrás en una especie de moño. Es un chico moderno a quien le gusta hacerse notar: desde el pendiente parecido al de un pirata a los tatuajes que compiten por llamar la atención en ambos brazos. ¿Por qué la gente se empeña en marcar su piel? Debería permanecer inmaculada y lisa y su única huella impresa tendría que ser la que deja el inevitable paso del tiempo. En realidad, no está mal; el único problema de su viril mandíbula cuadrada es el color amarillento de sus dientes: demasiados cigarrillos.

—Exacto —respondo finalmente en un tono esperanzado y amable; necesito sí o sí esta habitación.

Él echa un vistazo a su reloj y hace una mueca.

—Bueno, llegas un poco temprano.

¿Exageraría su mueca si supiera que he estado paseando por la avenida durante los últimos veinte minutos?

—¿Es un problema? ¿Vuelvo más tarde?

Él hace otra mueca, esta vez acompañada de una radiante sonrisa manchada de nicotina, y me indica con un gesto que pase.

—¡Por supuesto que no! Dejémonos de ceremonias.

No tiene que repetírmelo otra vez. Entro como si estuviera llegando a casa. Y eso es lo que esta imponente mansión podría ser si consigo la habitación: mi casa.

—Como le diría la araña a la mosca, bienvenida a mi guarida. Soy Jack, por cierto.

Me guía por el pasillo, que me incita. No puedo dejar de mirar a mi alrededor, estupefacta. La casa parece incluso más grande que desde fuera. El vestíbulo, cuyo suelo aún conserva las baldosas originales blancas y negras, conduce hasta lo que intuyo que es un comedor que, más allá, deja entrever la cocina. Hay más puertas, cerradas a cal y canto. Deben de ser de habitaciones que Jack no quiere enseñarme. Se dirige hacia las escaleras, que tienen una barandilla ornamentada; los peldaños los cubre una moqueta con un recargado estampado.

En el vestíbulo hay una alfombra enorme. Es llamativa, de color negro y rojo, con bordes floreados y lo que parece caligrafía árabe en el medio. Me recuerda a las alfombras y a los tapices polvorientos de aquel mercado marroquí que visité siendo una adolescente cuando me fui de vacaciones con mis padres. Decido detenerme sobre la alfombra para aspirar el olor del corazón de la casa. Eso es este vestíbulo: el corazón de la casa. No hay que creerse a ninguno de esos modernos agentes inmobiliarios cuando dicen que es la cocina. El corazón late en el espacio que hay entre la puerta de entrada y las escaleras, donde, normalmente, la casa permanece inmóvil. Inerte.

—¿Vienes? —pregunta Jack, que ya está a mitad de las escaleras.

Levanto los pies de la alfombra y lo sigo.

Resulta extraño que un chico tan joven sea el propietario de una casa tan majestuosa. Debe de valer millones; me pregunto si será suya. La agencia inmobiliaria no me ha dicho quién es el dueño; solo me mandó un mensaje directamente para concertar la hora de visita más conveniente.

—Dime, Lisa, ¿qué haces para ganarte la vida?

—Soy informática; trabajo para un banco.

Jack parece sorprendido por la elección de mi profesión.

—¿Informática? Un poco friki para una chica, ¿no?

En serio, ¿los chicos aún siguen diciendo frases como esta? Me pregunto si Jack habrá oído hablar del movimiento #MeToo. Creo que su comentario no merece respuesta. Alex nunca habría dicho tal gilipollez.

Se me ocurre que estoy corriendo un riesgo estando en la casa a solas con este hombre. Un desconocido. Pero a continuación me pregunto si no me estaré comportando como una esnob. A veces, los colegios privados causan este efecto. No tengo ningún motivo para pensar que pueda ser peligroso. Podría ser «insignificante e inofensivo», como diría mi madre. Intento tranquilizarme con la idea de que la ciudad está llena de gente que no tiene otra alternativa que buscar alojamiento en casas de desconocidos. Además, mi visita ha quedado registrada en la agencia inmobiliaria.

Llegamos al rellano del primer piso. Todas las puertas están cerradas salvo una que me deja vislumbrar lo que parece un baño muy grande. Sigo a Jack por otro tramo de escaleras, este más torcido y estrecho, sin alfombra ni moqueta en los peldaños, que conduce al último piso de la vivienda.

Los escalones crujen y se lamentan mientras subimos.

—¿Has ido a ver más habitaciones?

—No. Esta es la primera que me ha llamado la atención. ¿Ha venido más gente a verla?

—Alguna —me responde Jack—. La semana pasada vino una actriz. Parecía bastante agradable, pero, seamos sinceros: la interpretación es algo que suena divertido y glamuroso, pero no es un trabajo estable. Y estar sin trabajo significa no poder pagar el alquiler. —Me mira por encima del hombro—. No somos una organización benéfica.

Lo tranquilizo de inmediato:

—Me han hecho un contrato fijo y hace cuatro años que estoy en la empresa. Aparte, están las referencias y un certificado de que no tengo antecedentes penales.

Jack se detiene en lo alto de las escaleras y se vuelve hacia mí.

—¿Tienes ese certificado? Eres diligente. Eso me gusta.

Jadeo ligeramente cuando acabo de subir las escaleras.

—Es esa.

Jack señala una puerta que tenemos enfrente, al final de un pasillo muy corto. Está pintada de un blanco mate común y corriente y me mira como si me hubiera estado esperando en silencio durante toda la vida.

La respiración se me entrecorta extrañamente en la garganta mientras Jack gira el pomo pasado de moda. Empuja la puerta, que se abre de par en par, y entra en la habitación.

Me quedo clavada en el umbral, como una extraña que echa un vistazo.

—¿Estás bien? Parece como si te estuvieras quedando helada. —Jack señala la enorme buhardilla que hay en la pared del fondo—. ¿Quieres que la cierre?

—No, estoy bien. Son los últimos estertores de una gripe.

Entro.

—Iba a decirte que no es que lleves poca ropa.

Jack sonrío de buena gana ante su aguda observación.

No es necesario que nadie me diga que luzco la última moda de este año: un vestido de punto de manga larga estilo *Frosty, el muñeco de nieve*, que me cubre desde el mentón hasta las rodillas, debajo de las cuales asoman un par de gruesas mallas. La única piel que queda al descubierto es la de los empeines,

la de las manos y la de la cara. Debería estar sudando, pero no es así. Sé qué más puede ver Jack: una mujer con el pelo corto, a capas y escalado, con un rostro alargado presidido por unos ojos grandes. Nada de maquillaje. Es así: no hay nada más que ver. Me considero una mujer normal. Y me parece bien.

—Entonces, esta podría ser tu nueva y humilde morada. Es bonita, ¿no?

Sinceramente, tiene razón. La habitación es bonita. Espaciosa y acogedora, como la describía el anuncio. Está en el ático, y el techo es inclinado. La inunda la luz natural, la de los brillantes rayos de sol amarillos que penetran a través de una claraboya y de una buhardilla con unas fantásticas vistas de la avenida y de los suburbios del norte de Londres. Hay una pequeña chimenea ornamentada con una pantalla metálica para evitar que salten la ceniza y los rescoldos. También hay un espejo de cuerpo entero de forma ovalada. Las paredes han sido recubiertas recientemente con un papel pintado de color blanco mate y el suelo de madera también ha sido pintado de blanco hace poco. El mobiliario es escaso y funcional: una cama de matrimonio con unas pulcras sábanas, una mesita de noche, un armario empotrado y un escritorio con una silla. Pero me gusta. Me conformo con poco.

Esta habitación está hecha para mí.

Solo hay un pequeño problema: apesta a ambientador. Un perfume dulzón y empalagoso de alcohol de origen industrial. Da igual. Si consigo la habitación, no será difícil hacer que desaparezca. Aun así, se adhiere a mis fosas nasales y noto su amargo sabor debajo de la lengua.

—¿Te importa si te pregunto por el último inquilino?

—¿El último inquilino? —Jack ladea la cabeza y me mira sin apenas un atisbo de sonrisa—. ¿Qué te hace pensar que antes vivió aquí otra persona?

—Solo me preguntaba por qué alguien dejaría una habitación tan increíble como esta.

Jack recupera su sonrisa.

—No ha habido ningún otro inquilino, Lisa. ¡Tú serías la primera en ocuparla! ¿Quieres ver la cocina y el comedor?

Mientras salimos no puedo evitar echar un último y largo vistazo a la habitación.

El comedor no es precisamente memorable. Su decoración es descuidada: hay una tosca mesa de madera de los años 90, varias sillas y un armario. Mi madre se escandalizaría. Su comedor es su motivo de orgullo y regocijo. Un sitio donde su familia se sienta para compartir, reír y estar juntos. Para muchos, una idea anticuada; sin embargo, para mi madre las tradiciones son importantes.

La cocina es muy grande. Parece nueva, pero está hecha con materiales baratos. Supongo que podría ser obra de Jack: no parece alguien que cuide los detalles. Me explica que me dejaría un poco de espacio en la nevera. No para de hablar, aunque en realidad no le estoy escuchando, sino mirando a través del cristal de la mitad superior de la puerta trasera.

El jardín parece no tener fin. Está cubierto de una densa vegetación de árboles, arbustos altos y parterres de césped intercalados con descuidados caminos. A juzgar por la distancia que hay hasta la casa que se ve desde la parte de atrás, el jardín podría tener unos cien metros de largo, aunque con tanta espesura es imposible decirlo.

Intento abrir la puerta trasera.

Jack me retira bruscamente la mano del pomo. Me encojo, sorprendida.

—¡Eh, eh, eh! —exclama.

Mi corazón late a toda velocidad. Después de todo, puede que Jack no sea tan insignificante ni inofensivo. Puede que sea un insignificante asesino en serie.

Levanta las manos en señal de paz.

—No pretendía asustarte. El jardín es nuestro espacio privado. —Habla más despacio, en un tono relajado—. Bueno, debes tener algo solo para ti cuando alquilas habitaciones en tu casa, ¿no crees? —A continuación, esperanzado, añade—: Si te gusta tomar el sol, en la parte delantera hay un montón de espacio. Sin embargo, he visto que tienes una tez pálida y delicada, o sea que quizá el sol no te convenga. Ya sabes, por los melanomas y todo eso.

Me froto la muñeca que me ha agarrado, aunque en realidad no me duele. Trago saliva convulsivamente; mi ritmo cardíaco se ha desbocado. Hubiera bastado con decir que el acceso al jardín está prohibido. No era necesario ser tan contundente con el físico. Sí, se ha disculpado, pero aun así...

—Lisa, ¿verdad?

Dejo de centrar mi atención en Jack cuando oigo una voz nueva.

Una mujer madura de estatura media está de pie junto a la puerta. Lleva un elegante traje pantalón negro y unos zapatos con unos tacones altísimos. Presenta la dolorosa delgadez de alguien que se está recuperando de una larga enfermedad o de quien tiene una malsana relación con las dietas. Es probable que tenga poco más de cincuenta años, pero su aspecto es el de alguien que no avanza serenamente hacia la mediana edad. Aunque su rostro tiene una delicada estructura ósea, su piel presenta el aspecto tirante y poco flexible que le otorga el bótox. Solo unos enormes ojos verdes que brillan mientras miran a Jack pero no a mí sugieren lo guapa que debió de ser esta mujer en otros tiempos. Y en cierto modo aún sigue siéndolo.

Respondo al tiempo que me alejo de Jack. Aún noto el apretón de su mano en la muñeca.

—Sí, he venido a ver la habitación. —Le lanzo una rápida mirada a Jack; me alegra ver que él también parece incómodo—. Su hijo me ha enseñado su maravillosa casa.

Es extraño, pero ella no me contesta, sino que, con el sonido de sus tacones resonando en el gastado suelo de baldosas, se

acerca a Jack. Luego se inclina hacia delante y le besa... en la boca.

¡Uy! ¡Vaya metedura de pata! La mortificación me inflama las mejillas. Ojalá me trague la tierra. Debería haber recordado que el anuncio decía que la casa era propiedad de una pareja y no de una madre y un hijo. Por el amor de Dios, ¡si ni siquiera se parecen! La ansiedad reaparece. Esta mujer me va a echar. No puedo perder la habitación.

—Lo siento mucho —balbuceo.

«Cállate. Cállate, estás echando más leña al fuego».

La mujer de Jack quita importancia a mis palabras con un gesto mientras se acerca y me tiende la mano.

—Soy Martha.

Su apretón es firme y su piel tersa, no la de una mujer que ha tenido que trabajar duro. Una nube de un caro perfume me envuelve delicadamente.

Martha le dedica a su marido una radiante sonrisa.

—¿Por qué no recoges unas cuantas judías verdes para cenar?

Dedicándome un simple gesto de la cabeza, Jack se muestra ansioso por escabullirse al jardín al que no tengo acceso.

—Te ha agarrado sin darse cuenta. —Centro mi atención en Martha—. Es un poco posesivo con el jardín. Allí cultiva de todo. —Baja el tono de voz; es el que emplearían dos amigas íntimas—. Entre tú y yo: a veces me frunce el ceño cuando salgo ahí fuera. ¿Preparo un poco de té y hablamos en el salón?

El té es tentador, pero...

—Lo siento, tengo poco tiempo. En otra ocasión.

Martha me sostiene la mirada.

—¿Habrà otra ocasión? ¿Jack te ha ofrecido la habitación?

—No llegamos a esa parte de la conversación.

—Si te digo que es tuya, ¿te la quedas?

Vacilo mientras recuerdo la presión de la mano de Jack en la muñeca. Ahuyento el recuerdo.

—Me encantaría ser la inquilina de su habitación de invitados.

Salgo de la casa con una sonrisa optimista en la cara. Noto la mirada de los ojos de Martha en la espalda mientras me alejo. En cuanto se cierra la puerta, lanzo un profundo suspiro y siento la imperiosa necesidad de apoyarme en algún sitio.

—Os habéis reído de lo lindo a mi costa, ¿verdad?

Me sobresalta una voz que proviene de mi izquierda. Hay una anciana en el jardín de la casa de al lado. Lleva un gorro de lana marrón con una flor de color malva bordada. Empuña unas tijeras de podar con una actitud que da a entender a gritos que está dispuesta a utilizarlas conmigo.

Doy un paso atrás.

—¿Disculpe?

—Señalabais mi jardín mientras os reíais a carcajadas. Se trata de mi maldito jardín.

Estoy totalmente desconcertada.

—Lo siento... Yo no...

La anciana no me deja terminar. Entra en su casa, seguida por dos gatos. La puerta se cierra con gran estrépito detrás de ella.

Capítulo 2

Después de salir de la casa de Jack y Martha, me meto en el coche. Estoy temblando. Me agarro al volante en un intento por tranquilizarme. Pero no lo consigo. Abro la guantera, saco el frasco de antidepresivos y me tomo dos, sin agua. Cierro los ojos mientras espero que su magia empiece a surtir efecto. Me echo hacia atrás y coloco delicadamente las yemas de los dedos en las sienes. Las froto. Inspiro profundamente. Recorro a la técnica de la respiración con el diafragma para calmarme.

Uno, dos, me ato el zapato.

Tres, cuatro, llamo a la puerta.

Cinco, seis...

Poco a poco, funciona.

Una vez que la tensión desaparece, miro el reloj. Son las cuatro y media y hoy aún debo hacer otra visita. Mis padres esperan que esta noche haga acto de presencia en su casa de Surrey. En circunstancias normales, cancelaría el encuentro sin vacilar, pero las circunstancias no son normales. Si no me presento o les digo que no iré, serán presas del pánico y avisarán a toda la familia. O peor aún: a la Policía. Y lo último que necesito es que me pisen los talones las fuerzas del orden o todos mis parientes.

Pongo el coche en marcha y arranco. Las carreteras están congestionadas, llenas de atascos. Eso es bueno, porque debo concentrarme en el volante. No hay espacio para ideas desordenadas e inseguridades. Cuando salgo de la M25, cruzo Mole Valley y sus frondosos y verdes campos con vacas gordas y ovejas gordas. Con sus rollizos pueblos con rollizas y rollizos vehículos todoterrenos aparcados fuera. Esta es la Inglaterra en

la que he crecido. Y nada podría ser más inglés que la casa de mis padres. Es una antigua vicaría, más pequeña que la mansión de la habitación. Y nada podría ser más inglés que mis padres, que me están esperando en la entrada. Me habrán visto subir por la calle antes de que llegara a casa. Es esa clase de sitio.

Veo a mi padre completamente recto y erguido; su altura llama la atención. Mi madre, en broma, dice que es un zorro plateado, una alusión a su pelo gris. Antes de jubilarse era un eminente médico en Londres; al final de su carrera tuvo su propia consulta. Es de esa clase de hombres que ya no se encuentran a menudo. Un tipo fuerte y callado. Supongo que el adjetivo correcto sería estoico.

Mi madre es más bajita y el pelo que abraza sus orejas es más blanco que gris. La edad ha ocupado el lugar que le corresponde en su rostro; las cicatrices y las arrugas no le dan miedo, lo sé muy bien. También es de esa clase de mujeres que no se encuentran a menudo. De esas que se sienten inmensamente orgullosas de los logros de su marido y de su única hija pero que prefiere aplaudir desde la sombra. Sin duda alguna, no es de esa clase de mujeres a las que toman por madres de sus maridos.

Se llaman Edward y Barbara. Barbara, nunca Babs. Ambos llevan una apropiada ropa de campo. No sé si es de *tweed*, pero lo parece. Una pareja sólida; dentro de seis meses cumplirán treinta y cinco años de matrimonio. Una solidez que yo también desearía hallar junto a un hombre. Naturalmente, pienso en Alex, pero lo ahuyento de mi mente sin compasión.

—¡Hola, querida!

El saludo de mi padre es cálido, aunque al mismo tiempo tan brusco que es un aviso de lo que está por llegar. No me abraza ni me besa en la mejilla. Solo me aparta un mechón de pelo, como solía hacer cuando era pequeña.

Mi madre me dedica una de sus deslumbrantes sonrisas y me da un beso en la mejilla. No me suelta y me acaricia febrilmente los brazos cubiertos por las mangas con la palma de la mano.

Me escruta con la mirada en busca de algún cambio. Ojalá no lo hiciera, porque me resulta muy incómodo.

Una vez dentro me doy cuenta, como de costumbre, que la antigua vicaría está llena de fotos mías: recogiendo un premio en la escuela, recibiendo una matrícula de honor en Matemáticas, ganando una yincana y rodeando con los brazos el cuello de varios caballos. Es bastante embarazoso, aunque en todas esas fotos hay una nota discordante. Una fractura invisible. No hay amigos ni novios posando conmigo. Y estoy delgada, muy delgada. Comparada conmigo, se diría que Martha aún podría perder algunos kilos. Y sé también que todas las fotos en las que estoy aún más delgada —con los huesos marcados y un rostro que es todo ojos— han sido discretamente escondidas.

No hay fotos mías expuestas de cuando era niña. Mi madre me dijo que se las habían llevado junto con otras cosas cuando entraron a robar en la casa en la que vivían cuando era muy pequeña, una casa que yo no recuerdo. Hay otra foto que destaca; en ella aparece mi padre cuando estaba en la Facultad de Medicina. En la foto aparece él, ebrio, al lado de dos compañeros de estudios; alzan sendas pintas de cerveza ante la cámara y lucen unas mascarillas quirúrgicas en broma.

Salimos al tranquilo jardín, muy bien cuidado. Sobre la mesa de hierro forjado nos espera un surtido de delicias preparadas por mi madre: galletas de mantequilla y de canela y una tarta de frutas junto al té. La fragancia de los preciados claveles multicolores de mi padre invade el ambiente.

Lo primero que hace mi madre, deliberadamente, es servirme un trozo de tarta en mi plato de té. En realidad, se parece más a un ladrillo: es su silenciosa manera de cebarme. Me mira fijamente mientras espera el momento. El momento en que cojo un trocito de tarta y me lo meto en la boca, cosa que hago con diligencia. Mastico.

—La tarta está riquísima, mamá. —Me relamo los labios de un modo exagerado—. Mary Berry debería andarse con cuidado.

Mi madre parece extasiada; un brillo de satisfacción ilumina su mirada. En su lugar, otra persona seguramente estaría aplaudiendo con un deleite febril, como uno de esos memes que circulan en las redes sociales. La tarta tiene la consistencia y el sabor de una masa de azúcar y grasa cuajada mezclada con plastilina. No se me escapan las incisivas miradas que intercambian mis padres.

Es él quien tira la primera piedra.

—Bueno, ¿cómo te encuentras hoy, cariño?

Estoy segura de que es la misma frase que pronunciaba ante sus pacientes.

Antes de responder, tomo un sorbo de té tibio.

—Estoy bien.

Acto seguido, mi madre se suma a la conversación.

—¿Estás comiendo bien? —me pregunta.

—Sí. Tres veces al día, de forma equilibrada.

Engullo más azúcar, grasa y plastilina rellenos de grosella y pasas sultanas para subrayar mi réplica. En esta ocasión, el pastel se me pega en la parte posterior de los dientes delanteros inferiores.

—¿Duermes bien?

—Sí.

Siento cómo se me retuerce el estómago. No los culpo por lo que están haciendo, pero ser observada a través de un microscopio no es divertido, sino condenadamente irritante. Consigo despegar el puré de tarta de los dientes, aunque un obstinado trocito se niega a moverse.

—¿Seguro?

Esta vez me lo pregunta mi madre. Mis padres forman un equipo que no se rinde.

—Sí.

—Entonces, ¿sigues tomándote la medicación cuando debes?

—Sí, aún estoy tomando los antidepresivos.

Mi madre se estremece como yo sabía que lo haría. No es capaz de aceptar que la palabra «depresión» esté asociada a

su única hija. No me gusta atormentarla con eso, pero es el único modo de cambiar el rumbo de estas conversaciones que a veces resultan demasiado personales.

Funciona, porque me pregunta por mi trabajo. Normalmente, ese suele ser un terreno seguro; saben que trabajo muy duro y lo bien que lo estoy haciendo. Les cuento que seguramente me van a ascender de nuevo y que hay cazatalentos husmeando a mi alrededor que me están ofreciendo sueldos más altos. Mis padres están henchidos de orgullo. Y yo también. ¿Por qué no? Soy buena en lo que hago. Demasiado buena, podrían decir algunos, porque en la oficina no tengo amigos íntimos. Lo cierto es que no tengo ningún amigo íntimo.

A continuación, mi madre finge recordar algo. Deja la taza en el platito.

—Ah, por cierto, querida, ¿has visto ya al doctor Wilson?

Asiento, empujando el plato que aún contiene la mayor parte de la tarta.

—Le he visto un par de veces.

Mis padres vuelven a intercambiar miradas, ahora de preocupación. Mi padre fija los ojos en la distancia, en el desgastado columpio amarillo que hay al fondo del jardín. Para mí, ese columpio es la definición de la felicidad. Mi padre empujándose delicadamente mientras yo subo y bajo cada vez más alto, chillando mientras me agarro con fuerza a las cuerdas con las manos.

Mi padre vuelve la mirada hacia la mesa con los ojos ensombrecidos por el dolor.

Mi madre arquea las cejas; la expresión de su rostro es de inquietud y confusión.

—Es extraño, querida, porque hace poco que tu padre coincidió con el doctor Wilson en una cena y le dijo que aún no habías ido a verle.

Si hay algo que odie más que mentirles a mis padres es que me pillen contándoles una mentira. Avergonzada, murmuro entre dientes:

—Sí, bueno, he estado muy ocupada.

—Tu padre y yo —insiste mi madre, como si yo aún fuera la niña del columpio que necesita saber cuándo es el momento de volver a pisar el suelo— creemos de verdad que sería una buena idea que fueras a verlo. Es un viejo amigo de tu padre; fueron juntos a la facultad. Es uno de los psiquiatras más eminentes de Londres. La gente paga un dineral por sus visitas.

Si mi madre lo hubiese dejado ahí, yo habría tirado la toalla y aceptado ir a ver al doctor Wilson. Pero, lamentablemente, añade:

—Sobre todo después de lo que acaba de ocurrir.

Me olvido de la regla no escrita según la cual no hay que perder los estribos con familias como la mía. Es algo vulgar y debe evitarse. Y exploto. No recuerdo haber cogido la tarta de mi madre, pero sale volando por los aires y aterriza en la hierba, hecha pedacitos. Igual que como me siento yo.

—Lo que ocurrió hace cuatro meses fue un error. Son cosas que pasan, ¿vale? —No parecen palabras salidas de mi boca, sino el llanto de una niña que quiere ser escuchada, que desea desesperadamente que alguien la tome en consideración—. ¿Cuántas veces más tendré que decirlo? ¡No lo hice intencionadamente! —Tiemblo de rabia. Quisiera parar, pero no puedo—. ¡Joder! Preguntádselo a los matasanos de aquel maldito hospital. ¡Fue una jodida equivocación!

Mi madre se estremece, horrorizada. Mira con incredulidad la bandeja del pastel, ahora vacía, y luego vuelve los ojos hacia mí. El rostro de mi padre muestra su expresión severa. Me doy cuenta de lo asustados que debían de estar en su momento sus alumnos de la Facultad de Medicina. Su voz suena áspera y sombría.

—Te agradecería que no emplearas ese lenguaje en esta casa, Lisa —dice—. Te agradecería que no insultaras a tu madre por tratar de ayudarte. Y te agradecería también que no llamaras matasanos a los compañeros de mi antigua profesión.

Bajo la cabeza, avergonzada. Noto que están a punto de saltár-

seme las lágrimas. ¿Por qué no puedo ser como todo el mundo y ya está? Veo el modo en que mis compañeros de trabajo me observan a escondidas. Lisa, la máquina que la mayor parte de los días ni siquiera se toma un descanso para comer. No puede ser humana. Normal.

—Ed —mi madre habla bajito, casi con serenidad—, dale un respiro.

—Lo siento —espeto, levantando finalmente la cabeza para mirar a las dos personas que más quiero en este mundo.

Mi madre recobra la compostura y, con calma, toma las riendas de la conversación.

—No pasa nada, cariño —dice—. Estás molesta, lo entendemos. Nadie está insinuando que tú... —Está claro que tiene el resto de la frase en la punta de la lengua, pero se la traga con ayuda de los músculos de la garganta. Cambia de táctica—: Sabemos que no querías que ocurriera. De veras.

No sé cómo podría saberlo. Ni siquiera yo misma sé con certeza lo que estaba haciendo aquel día.

Mi padre, gracias a su experiencia como médico, no dice nada. En ocasiones, el consuelo de una madre es la mejor medicina.

—Si fueras a ver al doctor Wilson, quizá podría ayudarte a comprender tus problemas —intenta convencerme mi madre— y te sugeriría cómo afrontarlos. Es un hombre brillante, ¿no es cierto, Edward?

La severidad ha abandonado la expresión del rostro de mi padre. Y lo mismo ha ocurrido con su postura ante la vida, siempre rígida. Tiene la espalda encorvada, como la de un anciano.

—Sí. Es brillante.

Me gustaría extender una mano hacia él. Tocarle. Abrazarlo fuerte. Siempre he sido la niña de sus ojos. Hay un vínculo entre él y yo que se forjó en el fondo del jardín, en el columpio de plástico.

Tomo una decisión. No soy capaz de causarles más sufrimiento.

—Iré a verlo. Pediré hora.

No tengo ganas de ver al tal doctor Wilson. Será el enésimo personal médico que me diseccione. Tengo la sensación de haber visto a todos los consejeros, terapeutas, psiquiatras, curanderos y falsos loqueros de Londres en un radio de treinta kilómetros. ¿Cómo olvidar la sesión con aquel tipo vestido con un caftán morado y con un collar de conchas que parecían haber sido recogidas en la playa de Brighton y que, para terminar supuestamente con mis problemas, me masajearon con sus sudorosas y carnosas manos? Así de desesperada estaba yo por arreglar toda mi mierda.

Hace cuatro meses, cuando me dieron de alta en el hospital, algo me hizo avanzar en una nueva dirección. No sé explicar exactamente qué fue. Quizá el hecho de que, por fin, me di cuenta de que no podía seguir así. Y entonces fue cuando tomé la decisión.

No necesito que me orienten ni que me ayuden.

Solo necesito la verdad.

Aun así, iré a ver al doctor Wilson si eso contenta a mis padres y me dejan en paz.

El resto de la velada continúa como si nada hubiera ocurrido. Las familias como la mía son así: si el bochorno llama a la puerta, se le invita a pasar, se desactiva de forma permanente y luego se barre, escondiéndolo debajo de la alfombra. El encuentro termina con la promesa de que vendrán a verme a Londres dentro de dos semanas. Solo cuando me meto en el coche me acuerdo de algo con respecto a su próxima visita.

No les he dicho que me traslado a la habitación que alquilan Jack y Martha.

Capítulo 3

El día de mi traslado, Martha y Jack me están esperando en la entrada: un calco de lo que hacen mis padres cada vez que voy a verlos. La imagen me pone nerviosa cuando me bajo del Uber con una sola maleta. No me esperaba una fiesta de bienvenida, una especie de alfombra para limpiarme el polvo de los zapatos antes de que me dejaran entrar. «Sí, es natural que quieran recibirme en su casa», razono para mí.

Estoy tan ansiosa que es un verdadero milagro que sea capaz de moverme. Me he pasado la mayor parte de la noche dando vueltas sin parar, preocupándome hasta decir basta por esta mudanza. Ya he compartido casa con otras personas antes, pero esta será la primera vez que lo haré con los dueños de la propiedad. Martha sonrío y me saluda con la mano mientras su marido se balancea ligeramente sobre sus talones.

No hay nada de qué preocuparse. Son buena gente.

Muestro una sonrisa superdeslumbrante mientras me dirijo hacia ellos con paso seguro. Martha me sorprende con un fuerte abrazo. Su calidez y su sutil perfume me envuelven. Me siento un poco incómoda entre sus brazos, pero parte de mi tensión se desvanece.

Deja de estrecharme, pero no me suelta, sino que me coge del brazo.

—Bienvenida, Lisa —dice en un tono teatral, como si estuviera a punto de darme un premio en directo frente a un público.

Sin duda alguna, se ha vestido para la ocasión. La semana pasada, durante mi visita, era una mujer mundana y elegante; hoy, sin embargo, es la anfitriona de una fiesta muy exclusiva.

Vestido de noche, tacones de color rojo rubí como dos picahielos y un maquillaje perfecto que hace que su rostro parezca una máscara. Me pregunto si va a salir. O si es una de esas «bellas durmientes» que pretenden estar impecables incluso en la cama, siempre de guardia, veinticuatro horas al día. A su lado, yo soy el retrato del desaliño con mis desteñidos pantalones vaqueros, mi blusa de cuadros verdes de manga larga y un pelo supercorto enmarcando mi rostro todo ojos.

Martha me mira como si fuera un miembro muy querido de su familia.

—Queremos que seas muy feliz en nuestra casa. En tu casa.

Tu casa. De pronto me doy cuenta de que viviré en un lugar que no es realmente mío. Un lugar que ya ocupan sus propietarios: dos desconocidos.

—Me sorprende que hayas podido avisar con tan poca antelación en tu antiguo domicilio —comenta Jack.

Aprieto con la mano el asa de la maleta.

—He estado durmiendo en el sofá en casa de una amiga. Encontrar un sitio donde vivir en Londres a un precio razonable es muy complicado. No sabéis lo agradecida que estoy por haber encontrado vuestra habitación.

Esta vez acabo la frase con una genuina sonrisa.

Jack coge enseguida mi maleta mientras Martha me tira del brazo para que entre. Hoy el vestíbulo está mucho más iluminado, por lo que veo que de la pared cuelgan cuadros y grabados enmarcados. Siento la urgente necesidad de detenerme de nuevo sobre la alfombra roja y negra que se extiende en el corazón de la casa, pero Martha me empuja hacia las escaleras. Me suelta el brazo.

—Jack, haz los honores —dice Martha en voz baja.

Su voz parece casi la de una risueña adolescente.

Sigo a Jack por las escaleras. De pronto, oigo un sonoro crujido a mis espaldas. Martha también está subiendo. Una vez más todas las puertas están cerradas; en esta ocasión, también la del baño. Debe de haber una ventana abierta en alguna parte,

porque una refrescante brisa nos acompaña mientras cruzamos el primer rellano.

Mi habitación. Me lo digo mentalmente cuando Jack abre la puerta. La luz natural que la baña hoy no es diáfana. El aire de la habitación está inmóvil y eso hace que me parezca más pequeña, como si las paredes se echaran una sobre otra. Y el olor de ese maldito y molesto ambientador aún sigue ahí, como un compañero de habitación indeseado que no paga su parte del alquiler.

Jack empuja mi maleta hacia la cama y me da una llave de la puerta principal. Martha se queda en el umbral.

Jack observa mi maleta.

—Viajas ligera de equipaje.

—Sí, la mayor parte de mis cosas están en un trastero.

—Eso es malgastar el dinero, Lisa. Deberías traerlo todo aquí; tenemos espacio. —Luego, Jack, apresuradamente, añade—: No hay problema, ¿verdad, Martha?

Martha le chasquea la lengua a su marido.

—Dale un respiro a la chica; acaba de llegar. Ya hablaremos de eso en otro momento. Estoy segura de que lo único que desea Lisa ahora es instalarse.

Les digo inmediatamente que no se preocupen, que el contrato que he firmado por el trastero es perfecto.

Es extraño, pero cada vez que vas a ver una casa, un apartamento o una habitación, nunca te fijas en los pequeños defectos, aunque los estés buscando. Es solo después de haberte ya mudado cuando saltan a la vista. Anoche cayó una breve pero intensa lluvia de verano y ahora veo gotas de agua alrededor de la claraboya y en el techo que la rodea hay manchas de humedad. Le comento el problema a Jack.

Él examina la claraboya durante un momento, como si eso pudiera secarlo.

—Pensé que lo había arreglado. Tranquila: traeré una escalera y le echaré un vistazo.

—No hay prisa. Cuando puedas.

Lo último que quiero es dar la impresión de que voy a ser

una de esas inquilinas exigentes que se quejan y protestan por una minucia.

Y entonces me viene algo a la cabeza.

—¿Hay llave de la habitación?

Es Martha quien me responde mientras entrelaza delicadamente los dedos sobre su precioso vestido. Me fijo en el esmalte ultrarrojo de sus uñas.

—Ninguna de las habitaciones de la casa tiene llave. Jack y yo decidimos que el único requisito para tener a otra persona viviendo aquí era la confianza.

Debería insistir en lo de la llave. Creo que es algo fundamental en esta clase de tratos, ¿no? Si no, ¿cómo puedo garantizar mi intimidad?

Sin embargo, me muestro de inmediato de acuerdo con ella.

—Sí, por supuesto.

No me gusta, pero no quiero armar un escándalo; no puedo perder esta habitación.

Entonces, Jack me tranquiliza señalando la puerta.

—Hay un cerrojo dentro; así puedes tener intimidad.

Jack se coloca junto a su mujer. Al verlos uno al lado del otro no puedo evitar pensar en lo extraños que parecen como pareja. Todos los cosméticos, el bótox y los rellenos del mundo no son capaces de disimular que ella es mucho mayor que él. Los tatuajes y el moño de Jack nunca estarán a la altura de la elegancia de Martha. Me siento mal al instante por haber tenido pensamientos tan maliciosos.

Y entonces caigo en la cuenta. Jack y Martha me dan igual. Lo único que importa es la habitación. Y es mía.

—Algunas habitaciones son privadas.

Martha las enumera, añadiendo un recordatorio referente al jardín.

Y eso hace que me venga algo a la mente:

—Ayer, cuando me fui, conocí a vuestra vecina. Una anciana. Dijo algo acerca de su jardín...

La tensión los paraliza a ambos. ¿Por qué he dicho eso? No

quiero que piensen que voy a ser un problema o que me meteré en sus asuntos. Además, son cosas tuyas... Sea lo que sea lo que ocurre entre ellos y su vecina, no tiene nada que ver con el hecho de que yo viva aquí.

Jack es el primero en recuperarse con una contundente burla.

—No te preocupes por esa vieja bruja. No sabe lo que dice. —Se toca la sien para dar a entender que está mal de la cabeza—. Hace años que perdió la cabeza.

«Perdió la cabeza...». Siento un escalofrío.

Martha regaña sin brusquedad a su marido.

—No la llames vieja bruja, Jack. Algún día todos tendremos su edad, y en lo que a mí respecta, quiero que la gente me hable con el respeto que merece una persona mayor. —Vuelve sus ojos verdes hacia mí—. De todos modos, yo, en tu lugar, me mantendría alejada de ella.

Este parece el momento perfecto para darles las gracias y despedirme de ellos.

Pero no se van; se quedan en el umbral de la puerta, mirándome como dos estatuas petrificadas. Como personajes de la serie *Westworld* esperando a que conecten sus cables y circuitos. Me invade una sensación de incomodidad y desconcierto.

Entonces, Martha enciende su apacible sonrisa, como si fuera una bombilla.

—Si necesitas algo o tienes alguna duda...

—Dímelo a mí —la interrumpe Jack con una sonrisa torcida.

Martha lo golpea cariñosamente en el brazo. Luego se vuelven uno hacia el otro y se ríen. Cogidos de la mano, me dejan en mi nuevo hogar. Oigo la leve música del rellano crujiendo cuando lo cruzan y la de las escaleras cuando las bajan. Sus voces son tenues como el chasquido de un papel cuando hablan susurrando mientras se alejan. Supongo que para ellos debe de ser un poco incómodo tener a alguien más aquí. No creo que yo fuera capaz de hacerlo. ¿Cómo consigues relajarte sabiendo que hay un desconocido entre las cuatro paredes de tu casa?

El primer punto del orden del día es el espejo. Me acerco a él y le doy la vuelta. No tengo intención de ver el reflejo de mi cuerpo entero.

El móvil emite un zumbido. Es mi padre. Desde que fui a verlos me ha estado bombardeando con mensajes. Anoche me mandó uno para decirme lo genial que había sido verme e incluyó el número personal del doctor Wilson sin ningún comentario al respecto. Le contesté sin hacer mención al número. Esta mañana, a primera hora, me ha mandado otro para darme las gracias por haberle dado las gracias y el número de teléfono. Otra vez. A este no le he respondido.

Abro el mensaje. En esta ocasión ni siquiera finge disimular con buenos modales. El número y basta.

No me he puesto en contacto con el doctor Wilson porque espero que si pospongo la llamada durante unos días quizá lo atropelle un coche o se jubile y me ahorre la molestia de tener que ir a verlo. Ideas crueles, pero lo cierto es que no tengo ningunas ganas de acudir a él. Guardo su número en el móvil y estoy a punto de llamarlo, pero luego cambio de opinión. Puede que si espero unas horas más el doctor Wilson decida emigrar.

Salgo al rellano y cierro la puerta detrás de mí sin hacer ruido. Aguardo unos minutos. Hay gente que piensa que las casas son capaces de hablarles. Y quiero que esta hable conmigo.

En el último piso hay muy pocas cosas que sean nuevas. Los apliques son de tipo candelabro, con múltiples bombillas; tienen un recubrimiento dorado que se ve desconchado en algunas partes. La puerta de mi habitación es de estilo antiguo, con un panel de madera y un pomo de latón. Ganaría mucho si rasparan la pintura y la barnizaran. El papel pintado lleva años en las paredes y se está despegando en la parte superior.

Escucho con atención, pero el último piso está en silencio. No tiene nada que decirme salvo que Jack y Martha han descuidado un poco esta parte de la casa. Quizá no tengan tanto dinero como yo pensaba; eso explicaría que necesiten un inquilino.

Bajo las escaleras hasta el entresuelo. Miro arriba y abajo, cierro los ojos, huelo el aire. Escucho. Solo oigo a Jack y a Martha en alguna parte de abajo. Esta casa no tiene nada que decirme. Es silenciosa. Quizá en otro momento. Puedo esperar.